

Capítulo XI. De la implicación del no-yo en el yo al bien medial.

XI - 1. Objetivo: la convivencia humana desde el análisis de esencias a través del "yo soy".

Se objetará: El análisis de esencias es luminoso pero apriorístico. Nos dispone a hallar el "deber ser" de la convivencia humana, pero no su realidad factual, lo que de hecho y en la realidad es la convivencia, las dificultades que entorpecen a quien quiere entrar en ella con buena voluntad, la capacidad destructora de quien se ha instalado en ella con mala voluntad, etc. Los supuestos prácticos se pueden multiplicar.

En este libro no nos enfrentamos con ellos en su particularidad concreta. Pero sí los respetamos en su realidad factual. Desde ella y apoyando en ella nuestro pie, es como levantamos nuestro edificio teórico sobre la convivencia humana, siempre en diálogo con nuestro propio "yo"

XI - 2. ¿Se puede buscar en el yo el origen de algo factual?

El primer hecho real que aparentemente desbarata nuestra pretensión de sacar del interior de nuestro yo toda la teoría de la convivencia es la evidencia imponente del hecho social como algo previo a cualquier teorización de su deber ser, hasta tal grado que el hecho social se convierte en la condición de posibilidad de tal teoría, como de cualquier otra, porque lo es de la entera vida humana sobre la tierra. Y en cuanto tal condición de posibilidad, es anterior a cualquier origen que queramos concebir para la sociedad como para cualquier otra institución humana. Por lo tanto parece que hay que concluir que no vamos bien encaminados tratando de buscar dicho origen en nuestro personal y estrecho "yo".

Pero mirando bien las cosas, no hemos contemplado al "yo" como fuente y origen de la realidad física de la sociedad. Eso sería atribuir capacidad creadora y, por consiguiente, naturaleza divina, a la persona humana. El yo es origen de la sociedad no en un sentido real y físico, sino en un sentido conceptual y tendencial. En el ser y complejo tendencial del yo se encuentra impresa la idea ejemplar de la convivencia humana; en ellos está también la cantera para labrar los conceptos básicos de ser, amor, verdad, etc., y son también el escenario elemental donde experimentarlos.

Pero el encontrar una institución en la cual el hecho de su existencia preceda a cualquier teoría sobre ella, no debía escandalizar a nadie si se tiene en cuenta que tal precedencia es una ley general de la existencia. Como vamos a ver enseguida.

XI - 3. El hecho real –también el social- precede a la idea.

La realidad física se nos da en un principio a modo de hechos, no a modo de ideas. En principio, cómo es un árbol es una cuestión de hecho, no de concepto. La primera pregunta que nos lanza el árbol es la de cómo es, no cómo debería ser. No es buen camino el de partir de la idea para llegar a la realidad, aunque ésta tenga garantizada, con mayor o menor claridad, una perfecta lógica interna. El camino verdadero parte de la realidad en dirección al concepto, con el riesgo de no llegar, y de que la realidad quede envuelta en el misterio y hasta sospechosa de incoherencia.

En el caso de la convivencia social la sospecha llega a hacerse certeza. No sólo nuestras generaciones, ya avanzadas en la Historia, sino todas las que han existido desde sus mismos albores, nacemos, vivimos y morimos sumergidos en un tinglado societario que, bien mirado, tiene bastante de incoherente.

Pero ese tinglado nos invita a que lo miremos. Es una "cosa" más en el escenario original del mundo que nos rodea o, para decir mejor, se nos ofrece o nos agrade. La distinción es importante. Porque el ofrecimiento o la agresión salvan la oposición "yo / no-yo", que es el esquema en el que tiene que encajar la realidad para que pueda presentarse ante el entendimiento como hecho de existencia, y ser conocida.

No se trata –al menos no se trata exclusivamente- del esquema del egoísmo infantil, que todo lo ve como algo destinado a su yo. Sino que el ser reducida la realidad a su condición de "hecho. de existencia" es requisito necesario para convertirse en objeto del conocimiento.

XI - 4. El carácter factual es condición para la objetivación: incluso la del yo ante sí mismo.

Este carácter factual es percibido sutil y confusamente ya en nuestro primer encuentro con nuestro propio "yo". Su capacidad de autoconciencia nos permite desdoblarse en sujeto observador y objeto observado, cuya objetualidad es tanto más nítida y pura cuanto más resplandece en él su carácter de puro y primitivo *factum*. Nos somos un espectáculo, precisamente porque somos ante todo un *factum* de existencia. Y nos somos espectáculo al menos hasta que caemos en la cuenta de que espectador y espectáculo son una y la misma cosa, de que el yo objeto dura como algo opuesto al yo sujeto justo lo que la percepción de su carácter factual. En cuanto esta percepción desaparece, se resuelve también el desdoblamiento del yo. Y esto ocurre en cuanto se tiene que enfrentar a otra realidad factual. Entonces vuelve a surgir el dualismo sujeto-objeto. O lo que es lo mismo, "yo" opuesto al "no-yo".

Resulta pues que este sencillo esquema de oposición, aunque más perceptible en la infancia, no es exclusivo de ella, sino propio de la naturaleza humana y su situación en el mundo. También en la edad adulta se ven las cosas opuestas al yo; aunque éste no es ya psicológicamente tan puro como en la infancia. En la edad adulta el yo tiene ya incorporados a sí mismo muchos objetos. O, por mejor decir, el

yo sujeto se ha comprometido con muchos objetos y está comprometido con muchos objetos, que como que lo retienen consigo; con lo que el yo sujeto, al enfrentarse con esos objetos, se enfrenta también consigo mismo como objeto.

XI - 5. La implicación del "no-yo" en el "yo" reduce el "no-yo" a la presencia del "yo".

Y no se piense que estos objetos en los que el "yo" está también implicado forman un sector parcial de nuestros conocimientos, quedando todavía la mayoría de ellos puros y desinteresados en su limpia objetividad. Esa pretendida multitud de seres que pueblan un mundo bello para interminable sorpresa, solaz y contemplación del rey de la creación es inoperante. De cara a la persona humana las cosas del mundo empiezan a funcionar como objetos de conocimiento, amor y manejo solamente en cuanto el "yo" personal queda implicado en ellas, y su cercanía o su alejamiento se convierte así en beneficioso o nocivo, deseable o aborrecible para el "yo."

El amplio mundo que nos rodea y nuestra relación con él queda así reducido al esquema bipolar que forma el "yo" con el "no-yo" que en cada caso se le opone, junto con la relación de amor o de odio que ligue los dos extremos, según el "no-yo" sea valorado como bueno, malo o simplemente procedente para el "yo."

Y como quiera que el "no-yo" logra interesar al "yo" y oponerse a él precisamente gracias al "yo" implicado en él, queda al fin el mundo entero reducido al "yo" y su autoconciencia, no como a su causa generadora, sino en cuanto que es la presencia definitiva que me hace presente todo lo demás.

XI - 6. Se cierra el círculo.

Con lo cual volvemos de nuevo al punto de partida.

No con el ánimo derrotado del caminante perdido en regiones polares que se entera de que las huellas que alborozado ha encontrado por fin en la nieve son las de su propio trineo, que buscando la ruta no ha hecho más que dar un gran rodeo. Tal sería nuestro rodeo si lo hubiéramos recorrido perdidos en la materialidad de las cosas, engañados por el espejismo de que en ella estaba la clave de su variedad y

riqueza. Nosotros hemos partido de la presencia del "yo soy" para volver a ella misma. Más aún, ni siquiera hemos salido de ella. Con lo cual en todo momento hemos estado en contacto con el espíritu y su virtualidad liberadora de la materialidad. Tal liberación de la materialidad es la clave para entrar en el ser, sentido y presencia de las cosas, y a través de tales dimensiones llegar a su verdad, peso y bondad, descubriendo la esencia y, con ella, la clave para conceptualizarlas y valorarlas.

La pauta y clave del valor de las cosas es el Bien absoluto del espíritu. De tal manera que podremos llamar bien y valor a un objeto en la medida en que simbolice dicho Bien absoluto. Me explico

XI - 7. El bien medial.

El bien absoluto del espíritu es la afirmación y confirmación de la libertad sustancial del espíritu, es decir, la consolidación de la presencia no sólo del yo ante sí mismo, sino también la presencia de los objetos y personas identificados con el yo por medio del conocimiento y el amor.

Ahora bien, el espíritu humano está unido sustancialmente al cuerpo material. Lo cual quiere decir que el yo nuclear, último sustentador de todo lo que él es hace y padece, sustenta asimismo últimamente al cuerpo y sus acciones y afecciones.

Esta sustentación no le basta ciertamente al espíritu para imponer al cuerpo su ley última de ser, de tal forma que quede íntegramente espiritualizado. El señorial dominio del propio ser que caracteriza al yo nuclear no está presente en la materialidad del cuerpo más que umbrátilmente, simbólicamente.

Conviene precisar bien la naturaleza de este simbolismo. Téngase en cuenta que el cuerpo es, hasta la muerte, nuestro inseparable compañero y que la corporeidad informa todo nuestro ser, nuestro hacer exterior y nuestro obrar vital, desde sus más profundas raíces sustanciales. Por eso, el término "cuerpo" debe ceder ante la palabra "organismo", que nos invita más eficazmente a mirar nuestra materialidad desde su mismo interior. Quien dice "cuerpo" contempla *primo visu* la figura familiar que ofrecemos a los ojos de los demás o nos ofrece a los nuestros el espejo, pero mirada desde su exterior y parándose espontáneamente en su exterioridad.

Pues bien, llevando nuestra atención mental a un punto sentido como central de nuestro organismo (corazón, vientre) y descansando en él nuestra conciencia, tendremos ocasión de contactar con su solidez y como voluminosidad. Como que palpamos su peso y densidad. Si estas densidad y volumen los contemplamos ahora vitalizados por los que manifiesta el yo en su momento de dominio y poder, es decir, cuando percibe que su autoconciencia se le convierte en autodomínio y libertad, habremos tomado contacto con la fuente de nuestro hacer, obrar y conocer. O de otra forma, en un

momento en que vemos con nitidez el núcleo a la vez psíquico y orgánico de nuestro ser y palpamos su presencia y su acción comprendemos que el mundo ambiente no es un mero espectáculo desplegado ante nuestros ojos indiferentes, sino que son precisamente estos ojos los que con pérdida total de la indiferencia dan forma al escenario del mundo y determinan qué objetos quiere ver en él y cómo los quiere ver. En contacto con nuestro yo nuclear e integral comprendemos que no somos los espectadores ingenuos de un mundo que estamos dispuestos a aceptar sumisamente; sino que somos creadores apasionados de intereses y amadores de valores. El yo psicorgánico está demasiado deseoso de conservar y desarrollar su bifronte ser como para desinteresarse de amar y de sentir: de incorporarse valores a su espíritu y poseer los objetos con los sentidos.

Estas pretensiones fundamentales convierten en bienes las "cosas" que nos rodean. Estos bienes, en cuanto que tienen la impronta del yo psicorgánico, simbolizan al bien absoluto del espíritu, y a realizarlo están destinados, guardando proporción con el simbolismo general del organismo con respecto al yo espiritual.

XI - 8. El simbolismo.

El simbolismo es una de las formas en que se nos muestra la analogía que reina en toda la realidad desde que Yahwéh Dios, para dar cuerpo a su último proyecto de creación, pronunció aquellas palabras: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza". Desde entonces los planos inferiores de la creación son imagen y analogía de los superiores. El ser que albergan, es, en cuanto ser, deseo de ser y tensión ascendente., por mucho que, por gratuito, sea también limitado y deba contener esa tensión dentro de los límites o fines de su esencia, dentro de su definición. Precisamente la limitación nos está clamando que el ser que contiene podía, de una manera absoluta y puramente conceptual ser más elevado, e incluso infinito. Es lo que nos da pie para afirmar, también de una manera absoluta y puramente conceptual, la tensión elevadora. Que basta para fundamentar una propiedad, la analogía universal, que por su pretenciosa extensión no puede pasar de ser así mismo absoluta y puramente conceptual.

Esta tensión ascendente aproxima a cada ente al grado de ser inmediatamente superior haciéndole imagen y analogía suya. Es así como la analogía está universalmente presente, unificando la realidad entera y haciéndonosla luminosa y comprensible.

XI - 9. Los bienes mediales.

El espíritu humano actuado por la necesidad de asumir por el conocimiento y el amor la realidad entera, frenada como está su marcha hacia la libertad por el miedo a las alturas, tiende a mirar, como propios y acomodados, los bienes que impacten más al yo orgánico que al espiritual.

Tales son los bienes mediales. Para proporcionar un asidero a la imaginación, pensemos por ejemplo en las celebraciones rituales de determinadas fiestas populares.

Los bienes mediales admiten una amplia gradación, como destinados que están a una colectividad formada por personas cuya pretensión vital lo mismo puede lanzarse a Dios en un éxtasis de amor que la saque de esta vida y la deje eternamente unida con El, que anegar su espíritu en la soledad del perpetuo orgullo.

Afectado, pues, como está el organismo entero por la pretensión fundamental de lograr el propio ser, en el escenario de la vida humana comunitaria o individual se van acumulando los bienes mediales, con orden y concierto bastante escasos y hasta caóticos.

Es el sentimiento el que informando al poderoso foco integrador del "yo" y su interés vital, conforma, configura y anima, o ritualiza, a cada uno de los bienes mediales.

XI - 10. La ritualización de los bienes mediales

El vocabulario latino utiliza el término *ritus* en el contexto de la administración de los sacrificios, y lo entiende como la costumbre aprobada respecto al modo de realizarlos. Y aunque el concepto de rito acaba por salir del ámbito religioso, conserva siempre cierto halo sagrado con un significado próximo a la idea de "tocar lo intocable con la menor indignidad posible". La convivencia nos impone, en nuestro trato con los bienes mediales, cierta ritualización, mayor o menor según su carácter simbólico destaque más o menos sobre su utilidad y según también el objeto a tratar admita o no la ritualización. La inauguración oficial de un monumento al comportamiento heroico de determinada persona o grupo deberá seguir un ritual más destacado que la introducción en el interior de una casa de un mueble nuevo.

Abocados antes a poner un ejemplo de bien medial, ocupada como estaba nuestra mente por una imagen de tal bien llamativa por su entidad y atractiva por su importancia, hemos dado en la consideración de las fiestas populares como acontecimiento capaz de atraer sobre sí la valoración de una comunidad y sentirlo como bien en cierto sentido parangonable al supremo de la libertad del espíritu, y hemos puesto el ejemplo de un baile regional. Es verdad que el bien medial resplandece sobre todo cuando la dimensión útil pierde su vigencia y se destaca solamente el simbolismo. Pero también los bienes meramente útiles son mediales y gozan de su correspondiente, ritualización, en ocasiones ciertamente elemental, como puede ser por ejemplo la que acompaña al lavado de una prenda. En otras ocasiones, como el comer, la dimensión útil es formalmente cultivada, pero se intenta elevar la acción al

METAFÍSICA DEL HOMBRE Y DE LA CONVIVENCIA O EL SURGIMIENTO DEL ESPÍRITU HUMANO DE LA INTIMIDAD DEL SER.

nivel de valor espiritual por medio de una cuidadosa ritualización. En el caso del comer ese valor espiritual es el de la convivencia.

En resumen, bienes mediales son todos aquellos bienes sensibles producidos por la convivencia o simplemente asumidos por ella, destinados a articularla en dirección a la libertad del espíritu, su fin último. Signo de esta dirección finalística es la tendencia a ritualizarlos.

Pero junto al proceso de ritualización, el bien medial sufre, como apuntábamos, otro que afecta a su misma conformación y configuración, que por ser de carácter eminentemente sentimental, nos pide abramos un capítulo dedicado al sentimiento y a lo que es su marco genérico, la sensibilidad. Ello nos ayudará a perfilar la noción y alcance de dichos bienes.